



El pueblo gritó "Tarradellas, Tarradellas", convencido de que se llenaba el vacío personal y simbólico dejado por Lluís Companys, cuando caía abatido por las balas de los vencedores.

TARRADELLAS, TARRADELLAS, TARRADELLAS

M. VAZQUEZ MONTALBAN

TARRADELLAS ha vuelto decidido a que se note. Imbuido como siempre de la representatividad institucional, insistió en sus discursos en dar las gracias al pueblo por haberse mantenido fiel y leal a la reivindicación catalana. Su alocución desde el balcón de la plaza de Sant Jaume usó un ritmo paralelístico basado en la rotunda afirmación: ¡Ya estoy aquí! Desde ayer, Catalunya está **personificada** como sólo pueden estarlo los países con rey o con un presidente de la República al estilo De Gaulle. Tarradellas es un hombre que cree en el principio de autoridad y ahora habrá que ver cómo se combinan las distintas "autoridades" coincidentes en el embrollo catalán. Para empezar, la autoridad del Estado ejercitada desde Madrid, para continuar la autoridad los parlamentarios conquistada en las urnas, luego la autoridad factual de grupos de presión social, económica y militar actuantes en Catalunya como consecuencia de usos, costumbres y legalidades de

raíz franquista. No es un síntoma menor el hecho de que sea Tarradellas quien tenga que dar el primer paso en dirección hacia Capitanía General y no al revés.

¿Qué significa la "autoridad" de Tarradellas entre tantas otras "au-

toridades"? Las dificultades son enormes. Hay que llenar de contenido político la vacía fórmula de la Generalitat provisional. Pero no sólo de contenido político viven las instituciones de gobierno. Hará falta dinero y Tarradellas, hoy

por hoy, no cuenta ni con el presupuesto de la Diputación de Barcelona, endeudada hasta alturas superiores a la estatura del "honorable president". Para afrontar estos problemas se cuenta con la virtud básica del pueblo catalán,



Ahora todos, parlamentarios, pueblo, partidos, empujan a Tarradellas y al Gobierno para que la Generalitat se llene de contenido político.



Tarradellas, a su llegada a la avenida María multitud. Detrás de él,

más allá del tan manoseado "seny". Esa virtud es la paciencia y quedó demostrada ayer en el transcurso de las encuestas de calle realizadas por los reporteros de Radiotelevisión Española. Casi todas las respuestas barajaban tres palabras fundamentales: alegría, esperanza y paciencia. El pueblo es muy consciente de que la batalla del autogobierno será larga y dura, y si ha esperado treinta y ocho años para recuperar su razón histórica, esperará meses para que las herramientas de autogobierno se pongan en marcha.

Tarradellas y los partidos políticos están condenados a entenderse si no quieren negociar en inferioridad de condiciones con Madrid, si no quieren perder el uno y los otros la credibilidad pública. El público gritó ayer "Tarradellas, Tarradellas, Tarradellas" convencido de que se llenaba el vacío personal y simbólico dejado por Lluís Companys, cuando caía abatido por las balas de los vencedores. Muchos eran los que movían y removían la cabeza como si trataran de alejar la sospecha de que soñaban lo que veían. Uno de los hombres más vencidos en la guerra civil, vencido por rojo y por separatista, volvía a su país como vencedor moral y lógico de sus vencedores. Y eso se ha conseguido sin otras armas que la voluntad colectiva de resistir frente a la conjura que trató de destruir las señas de identidad de un pueblo.

Como si sólo hubiera transcurrido un día desde aquel veintiséis de enero de 1939, en que Barcelona era "liberada" de sí misma, el honorable Tarradellas ocupa todo el edificio de la Generalitat y a su paso se le cuadran "els mossos d'escuadra". La sinrazón de una guerra absurda y de una posguerra artificial y manipulada ha quedado flagrantemente al descubierto. ■

"YA ESTOY AQUÍ"



En el balcón del Palau de la Generalitat, las sonrisas de los parlamentarios florecieron: Tarradellas, flanqueado por Pere Portabella y Jordi Pujol, se dirige al pueblo de Cataluña.

A Tarradellas se le cuadraron los mozos de escuadra del Palsu de la Generalitat y entró en Catalunya como presidente de la Institución. La tozudez de Tarradellas, el maniobrerismo de Suárez y el tira y afloja de los parlamentarios catalanes han conseguido, en una difícil carrera de obstáculos, lo que hace unos meses parecía lejano: el retorno de la Generalitat.

Catalunya no es todavía la "rica y plena" que dice la letra de su himno nacional, pero Catalunya se echó una vez más a la calle para triunfar sobre los diques centralistas. Se ha hablado hasta la saciedad del escaso contenido de la Generalitat pactada. Todos, o por lo menos la mayoría, piensan que no es mucho, pero que negar lo que significa de paso al frente para la recuperación de la autonomía llevaría a negar ese adjetivo que todos los no catalanes cuando hablan de Catalunya aplican a los miembros de su comunidad: El "seny". El "seny" complementado con la "rauxa" (arranque, arrebató) en la calle, en las votaciones a la izquierda y a la autonomía, han logrado ese pacto que es, ahora, con la presencia física de Tarradellas en el Palau cuando tiene que desplegarse y dotarse de un contenido político. Catalunya, de momento, puede empezar a andar y así lo entendieron los miles de ciudadanos que han tenido que luchar y sufrir demasiados años para ver de nuevo en el mítico balcón del palacio de la plaza de Sant Jaume a un presidente que de nuevo, como Maciá y Companys, les arengaba.

Cuando Tarradellas bajó del avión que le transportaba desde Madrid, a más de uno se le humedecieron los ojos. Flotaba en el ambiente la impresión de estar viviendo una jornada histórica y es posible que en aquellos momentos nadie se acordara de los resquemores de la negociación, ni de las idas y venidas a la capital del reino del honorable Tarradellas. Había un deseo común de participar y el pueblo acudió a decir a voz en grito: "Benvingut president".

La recepción oficial en las fuentes de Montjuich fue breve en discursos. Socias, el alcalde de Barcelona, sólo dijo dos o tres frases. Tarradellas habló de concordia, de unidad y de fe. "Catalunya sois vosotros" y Catalunya pidió una vez más el Estatuto ondeando un mar de banderas. El honorable en una ocasión afirmó que Catalunya volvería a ganar "porque tenemos una Constitución que todos defienden —el Estatut—, un himno que todos cantan —"Els Segadors"—, un presidente que todos aceptan y una bandera que todos hacen ondear". En Montjuich, todo ello se puso una vez más de manifiesto.

Cuando la comitiva, el presidente en coche descubierto, acompañado por el maestro de cere-

monias, Pere Portabella, portavoz de la Asamblea de Parlamentarios, enfiló las calles de Barcelona, el entusiasmo arreciaba en cada esquina. Al llegar a la plaza de Sant Jaume, Tarradellas había tenido que utilizar más de una vez su blanco pañuelo que volvía a colocar coquetonamente en el bolsillo superior del traje. En la plaza se gritaba insistentemente "Volem l'Estatut" y Tarradellas salió al balcón y con sus largos brazos dirigía la cantinela. En un rasgo de humor empezó su discurso con un "Ja soc aquí", que provocó la hilaridad. En el balcón, las sonrisas de los parlamentarios florecieron. Hasta Gutiérrez Díaz, diputado del PSUC al que Tarradellas en más de una ocasión le ha preguntado con sorna en sus encuentros "¿Usted nunca ríe?", en aquella ocasión lo hizo.

Tras repetir varias veces su "Ya estoy aquí", Tarradellas afirmó que él también quería el Estatut y fue entonces cuando los clamores subieron de tono. ¡El presidente reclamaba l'Estatut! El compromiso histórico empezaba a funcionar. De nuevo, Tarradellas como solista y el pueblo haciendo coro se entonó "Els Segadors".

El pragmatismo de Tarradellas volvió a salir a flote. Cuando se esperaban de él grandes discursos que pudieran equipararse a las palabras del último presidente que salió al balcón: Lluís Companys, Tarradellas no hizo retórica y sí supo calar en el ánimo de los que a pie firme aguardaban su regreso.

Quienes no estuvieron en la plaza de Sant Jaume recibiendo a Tarradellas, se sentaron ante los televisores. Los escasos medios con que cuenta la televisión en Catalunya no impidieron que se transmitiera fielmente la acogida de Barcelona al presidente. La penuria de cámaras que impidieron instalar unidades móviles en todos los puntos del recorrido, se compensó con la calidad de los profesionales que dieron cumplida información de lo que iba sucediendo. En la Diada de Tarradellas las calles y los pueblos se quedaron vacíos. La radio y la televisión mantuvieron en las casas a todos los que no pudieron, o no quisieron, ir a recibir a Tarradellas.

Ahora, sólo falta que la Generalitat sea el principio de lo que para los catalanes es la política: gobernarse. La tregua está dada, pero todos, parlamentarios, pueblo, partidos, emplazan a Tarradellas y al Gobierno para que la Generalitat se llene de contenido político. Tarradellas ya está en Barcelona: "Para trabajar por una Catalunya próspera, democrática y llena de libertad". Que así sea. ■

JULIA LUZAN



stina, donde le daría la bienvenida la esposa, emocionada.